

I CONCURSO RELATOS CORTOS “ASFALRELATOS” EDICIÓN 2020

GANADOR/A CATEGORÍA: D (4 ESO)

NOMBRE: Julia Caro Pérez

PSEUDÓNIMO: Julia

CENTRO EDUCATIVO: Colegio Sek El Castillo

TÍTULO: Todo en cuestión de segundos

Tomamos decisiones en cuestión de segundos. Las repercusiones de estas se muestran segundos después, o es simplemente cuestión de tiempo que aparezcan. En esta ocasión, las decisiones y sus repercusiones ocurrieron en segundos decisivos. ¿Quién diría, que por no mirar al ir a cruzar la mismísima calle que cruzaba todos los días desde hace 10 años, fuera a estar en esta situación? Tumbado, en la carretera, mi bolsa de la compra esparcida por el suelo, con la mirada fija en el cielo, que no era más que una borrosa capa azul sobre mí. ¿Qué oía? Nada. Un leve pitido y murmullos lejanos. Tobías estaba de rodillas a mi lado, gritando, pidiendo ayuda. Se acercó un hombre, el conductor, con los ojos llorosos. Estaba frustrado, no sabía qué hacer. Si no fuera por la mascarilla que separaba su rostro del mío, igual podría haberlo identificado. Estaba sangrando, el conductor tenía una mano herida, llena de lo que suponía que eran cristales. Se me cerraban los ojos y sentía las leves palpitations de mi corazón, me estaba muriendo. El extraño no quería tocarme, para evitar la posibilidad de contagio de la pandemia a la que todo el mundo entero se veía sometida. Era hora de aplicar nuestros principios y valores. ¿Estaría el conductor dispuesto a ponerse en riesgo de contagio con tal desalvarme la vida, habiendo sido yo el causante de este accidente? Tobías estaba al teléfono con una ambulancia, la cual debido al colapso de los hospitales, tardaría más de 15 minutos en encontrarnos. Empecé a sentir

dolor. Me escocía la pierna. No quise mirar, pero me suponía lo peor. La boca me sabía a sangre. Sentía como lentamente se helaban los dedos de mis pies, un gélido frío que me recorría todo el cuerpo. Era de lo poco que sentía ya, aparte de culpa. Los que me rodeaban estaban en grandes apuros por mí. Su salud o la mía. Todas se veían comprometidas. Pero con el sentimiento de culpa y la muerte a mi lado, supe que aún queda un poco de humanidad en este mundo, y que ese hombre sentía tanta culpa como yo. Una pandemia global era suficiente para evitar que me salvaran, ya que el tiempo se me acababa y no recibíamos ayuda. La vida de los presentes estaba en riesgo, y todo por no tomar precauciones. Tenía claro que si salía de esta, sería una persona nueva, una mejor versión de mí. Más compasivo, leal, más servicial, pero sobretodo, más responsable. Una situación tiene detrás mil factores que influyen como tratamos con ella. En mi caso, era una pandemia global, el COVID-19. Oí la voz de Tobías, como un suave susurro.

- Señor tienes que hacer algo, ¡ayúdelo, se muere! –decía mientras me agitaba intentando que no perdiera el conocimiento. Pero, ¿era tan fácil para ese hombre ayudarme? Cómo todos, tiene familia y problemas. Puede que al acercarme a mí ya se haya expuesto a un riesgo, ya sea para él o la gente que le rodea. ¿Y si vive con su madre o alguna otra persona de riesgo? ¿Y si padece una enfermedad crónica o respiratoria que le ponen en una situación parecía a la mía? Hay infinitas posibilidades que le dan el derecho a no tocarme y mantener las distancias hasta que venga la ayuda, aunque el coste de ello sea una vida, la mía. La gente pasaba a nuestro alrededor, con mascarillas e incluso guantes, manteniendo las distancias de seguridad. El tráfico estaba ahora parado, y más de una vida estaba en peligro. El golpe no solo me perjudicó a mí, si no que el conductor que lo había vivido, también recibió un golpe del coche de detrás por el repentino frenazo. Los dos se habían puesto los chalecos, y habían indicado con los conos a los demás coches que tuvieran cuidado. El remordimiento era cada vez mayor. Estaba viendo los daños colaterales. Había puesto la vida de otras personas en peligro por llegar unos segundos antes a mi casa. Podría haber impedido que esto sucediese, igual

que estaban ahora ellos impidiendo los contagios que podrían sufrir al encontrarse a lado mía. Me habían enseñado desde pequeño cómo comportarme en la calle. Mirar antes de cruzar, dar las gracias al coche que te cede el paso, y mil cuestiones más de seguridad y movilidad vial. Todo se me agolpaba en la mente, ya siendo muy tarde. ¿Por qué fui tan iluso de pensar que nada pasaría?

Se me cerraban los ojos, y ya no sentía dolor en ningún lado. Me sentía confuso, y veía como poco a poco se iban juntando mis parpados. Sentí presión sobre mi pecho. Ya había llegado la ayuda, estaba más cerca de salvarme, y había recuperado la esperanza.

Lo siguiente que recuerdo es despertarme en una cama de hospital, rodeado de mi familia, y Tobías. Le pedí que me contase lo que sucedió. Me dijo que el conductor me había salvado y más tarde había parecido la ambulancia para trasladarme a la UCI del hospital infantil. Le habían puesto siete puntos en la mano, y le habían mandado a casa a descansar. Me sentí infinitamente agradecido hacia aquel desconocido. No había querido compartir su identidad con nosotros, pero le había dejado su número de teléfono a Tobias para que le llamásemos una vez saliera yo del hospital.

Tras recuperarme del leve derrame cerebral y escayolarme la pierna rota, me dieron el alta, dos semanas después del accidente. Volví a mi casa, en coche, repitiéndome a mí mismo que no volvería a ser descuidado para no poner a los demás en riesgo ni en situaciones difíciles.

Al pasar por la calle donde ocurrió, cerré los ojos con todas mis fuerzas, acordándome del misterioso conductor que me había salvado la vida. Decidí que aún no estaba preparado para hablar con él, ya que me podía la impotencia que sentía.

Recibí visitas, me hicieron preguntas, e incluso visite a un terapeuta. Nada conseguía calmarme la conciencia, hasta que me volví a acordar de él. Ahí lo vi claro, quise agradecerle todo lo que hizo por mí, así librándome del sentimiento de culpa.

Telefoneé el número que nos dio. Me sorprendí al oír la voz de una mujer. Me pare a pensar. ¿Qué se dice cuando llamas a casa de alguien sin saber su nombre, para darle las gracias por salvarme la vida? Decidí ir con la verdad por delante y contarle que yo fui el causante del accidente. Inmediatamente, la mujer empezó a sollozar. Me dijo que aquél hombre se llamaba Javier, y que ahora se encontraba en la UCI, ya que había desarrollado una neumonía en las últimas tres semanas. No quise pensar que había sido por mi culpa, al haber establecido contacto cuando me salvó, aunque los dos sabíamos que así era. Le di mis disculpas a la mujer, y ella lo comprendió y me dijo que me llamaría cuando tuviera noticias del estado de Javier.

Mis padres se extrañaron al ver el cambio que había tomado mi vida desde aquel instante. Es verdad que la situación me había transformado. Dos semanas después, recibí una llamada del mismo número al que había llamado. Esta vez, me dio un vuelco el corazón cuando oí una voz familiar, pero esta vez era más que un simple murmullo. Empecé a llorar, por el sentimiento de culpa, pero sobre todo por la felicidad que me invadía. Había puesto a aquel hombre en peligro, y este estaba dispuesto a perdonarme el daño que le supuso aquello. Tras un largo sermón, del cual escuché hasta el más mínimo detalle, le prometí que no saldría de mi casa sin cumplir las normas establecidas por sanidad para evitar los contagios de COVID-19, pero sobretodo, con cuidado para mantenernos todos seguros con respecto a la movilidad vial.

Nunca rompí esta promesa, y aproveche mi situación para ejercerla sobre los demás e intentar que todos nos cuidásemos entre nosotros